

EL ENAMORADO Y EL OTRO

Liliana Bodoc



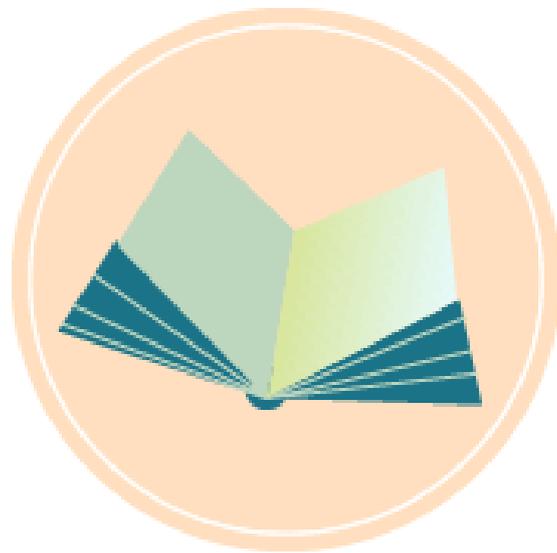
Lucano, el grande, estaba sentado sobre un cajón de manzanas que alguien había olvidado en la pista mayor del circo.

Dos hombres lo acompañaban. Ambos eran delgados. Ambos tenían el cabello oscuro y ondulado. Nariz recta uno, nariz recta el otro. Ojos oscuros y ojos oscuros. Uno tenía un hoyuelo en medio del mentón; el otro también. Un metro con setenta y tres centímetros de estatura, cuarenta y cinco centímetros de hombro a hombro.

Los dos hombres, idénticos desde antes de nacer, aguardaban junto a Lucano para conocer a la nueva asistente del acto de magia. La anterior los había abandonado sin aviso, y hubo que buscar con urgencia una reemplazante.

- Han de estar vistiéndola con lentejuelas - dijo Lucano, que hablaba como un mago de cuento.

Los gemelos trabajaban en el circo realizando diversas tareas. Reparaban los daños eléctricos, se ocupaban de ciertos efectos de sonido. Y, en las peores funciones, se reían desde un rincón oscuro procurando contagiar al público mientras los payasos se daban bofetadas. Sin embargo, había algo mucho más importante que todo eso. El motivo por el que los gemelos se habían incorporado al circo era su participación en el truco central de Lucano, el grande. Conocido como Sultán de la Magia.

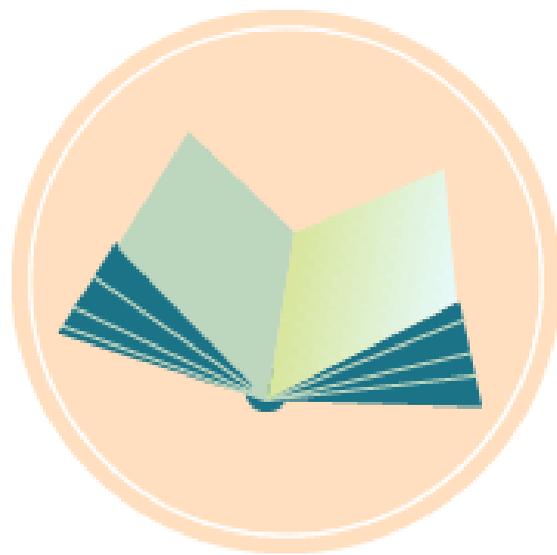


Se trataba de un truco de muerte y resurrección que consistía en prenderle fuego a un desdichado que luego reaparecía intacto, ante el suspiro aliviado de la gente.

El circo donde Lucano trabajaba no tenía dinero para costear efectos especiales.

- Por eso - decía el mago -, a falta de las estructuras apropiadas con las que cuentan mis colegas afamados, a falta de pasadizos y de espejos, a falta de la bendita tecnología, bueno es tener un par de gemelos. Uno se incinera aquí, y el otro reaparece por allá.

El número del hombre incinerado y vuelto a la vida sin una sola quemadura llevaba varios años de exitosa ejecución. Jamás una sospecha había siquiera rozado el estremecimiento que provocaba en los espectadores. Y siempre arrancó tantos aplausos como la troupe completa del circo era incapaz de conseguir.



A causa de las muchas repeticiones, el número había dejado de ensayarse tiempo atrás. Pero, por esos días, las cosas eran diferentes. El reemplazo de la asistente del mago obligaba a ensayar el acto de magia para que la función fuera perfecta.

El gran Lucano estaba explicándole a los gemelos que la señorita reemplazante no tenía experiencia circense. Y que, en realidad, se trataba de la muchacha que preparaba café en un bar de las cercanías.

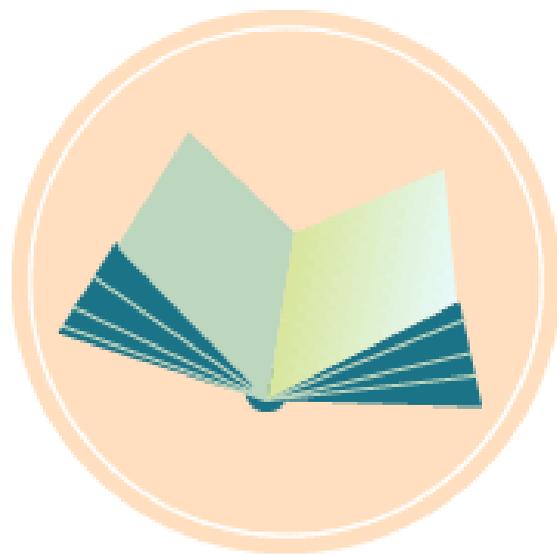
- ¡Pero el arte se esconde en los sitios menos pensados! - afirmaba el mago a viva voz.

De estos asuntos hablaban el gran Lucano y los gemelos, cuando la reemplazante apareció en la pista vestida con traje de escena: zapatos rojos, medias negras con rombos, traje ceñido. Más su cabello lánguido y rubio.

- Buenos días - dijo uno de los gemelos.

El otro, ya irremediabilmente enamorado, no fue capaz de pronunciar palabra.

- Bien, queridos míos - dijo Lucano con la voz brillante que usaba para dirigirse al público -. ¡Es hora de comenzar...!



La primera función del domingo estaba a pocas horas de distancia. Y había mucho que ajustar antes del debut de la nueva asistente.

- La primera en entrar eres tú,... -. El mago no conocía el nombre de la joven.

- Margarita - completó ella tímidamente.

- ¿Margarita?

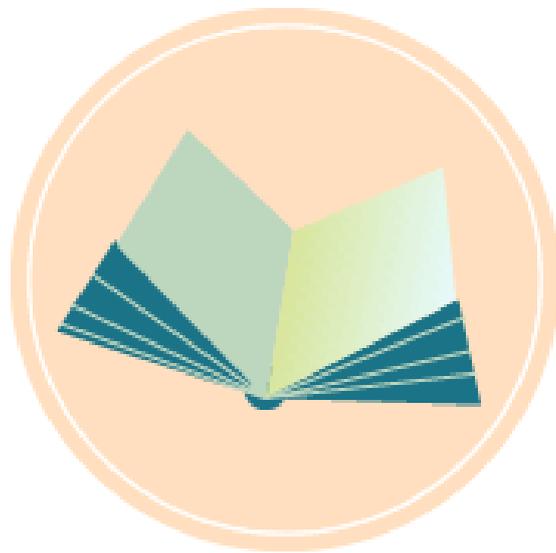
Lucano frunció un poquito la nariz y se rascó la cabeza. Definitivamente, Margarita no era un nombre apropiado para un acto artístico de tal importancia.

- Veamos qué se puede hacer - murmuró pensativo.

Los gemelos y la joven asistente aguardaban la inspiración del mago.

- ¡Ya está! Es cuestión de decirlo en francés - Lucano habló con el acento apropiado -: ¡Marguerite! Desde ahora te llamarás Marguerite.

Y así, con Margarita convertida en Marguerite, comenzó el ensayo.



Esa misma tarde, un poco después de la hora anunciada, el elenco completo del circo recorría la pista a modo de presentación. Una voz en off acompañaba el inicio del espectáculo.

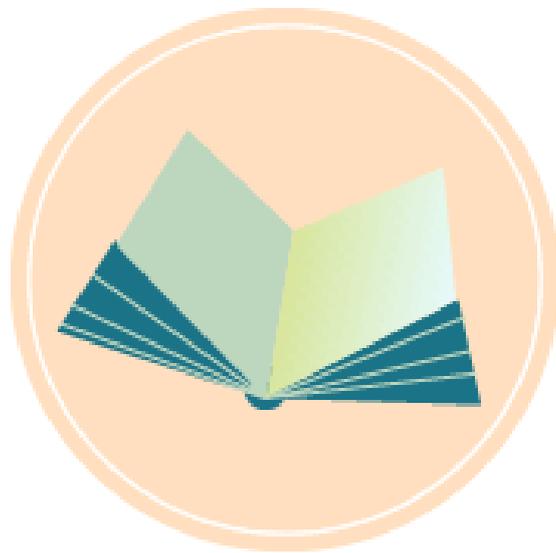
Detrás de las lonas, el mago, los gemelos y Marguerite ultimaban detalles.

Lucano aclaraba su garganta porque deseaba que el saludo saliera con el volumen y el brillo apropiados.

Marguerite hacía crujir los dedos; nerviosa por la inminencia de su presentación artística. El enamorado procuraba tranquilizarla. Mientras su hermano aflojaba los músculos preparándose para introducirse en la caja negra.

Por fin, la voz en off anunció el gran acto de magia.

Lucano y Marguerite entraron a escena tomados de la mano. Cuando la joven recorrió la pista con paso ágil y los brazos en alto, Lucano se dio la razón a sí mismo "El arte se esconde en los sitios menos pensados".



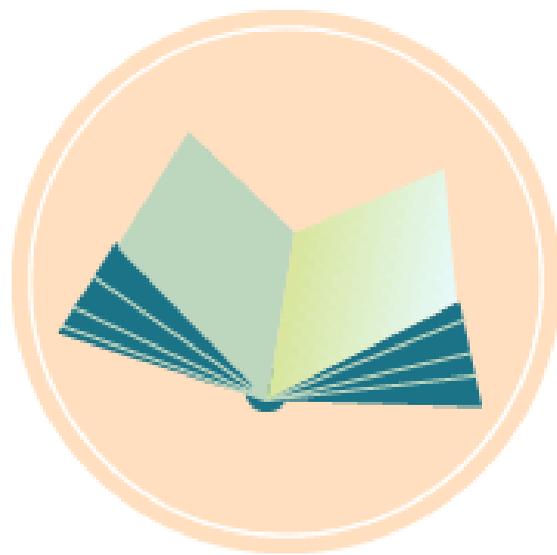
Las cosas estaban saliendo bien, muy bien, mejor que nunca. Marguerite iba y venía. Llevaba y traía naipes mentirosos, anillos que se transformaban en pañuelos de colores, y pañuelos de colores que desaparecían adentro de una manzana.

- Y ahora, maravilloso público - dijo Lucano -, un hombre va a ser incinerado ante vuestros incrédulos ojos.

El mago chasqueó los dedos. Y señaló al hombre que entraba al escenario acompañado por un haz de luz.

- Miren a este hombre con detenimiento - invitaba Lucano -. Obsérvenlo de pies a cabeza puesto que pronto quedará prisionero en la caja que está frente a ustedes.

A esa altura, Marguerite ya se sentía como en su casa. Así que, mientras Lucano mostraba que la caja no tenía trampa alguna, ella desparramaba sonrisas y soplaba besos.

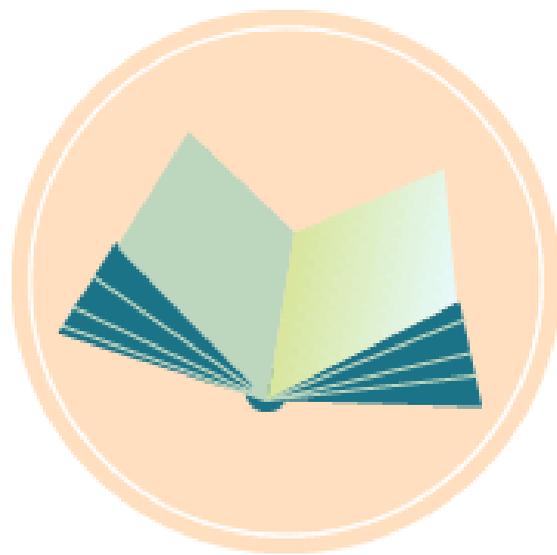


Después se hizo silencio. El hombre se introdujo en la caja que, a la vista del público, fue severamente cerrada.

- Mi capa - pidió el mago.

Marguerite quitó la capa roja que colgaba de los hombros del gran Lucano, y se la entregó. El mago hizo girar la capa en el aire, y la dejó caer sobre la caja. Realizó unos cuantos pases con ambas manos. Luego quitó la capa y se la devolvió a su bella asistente.

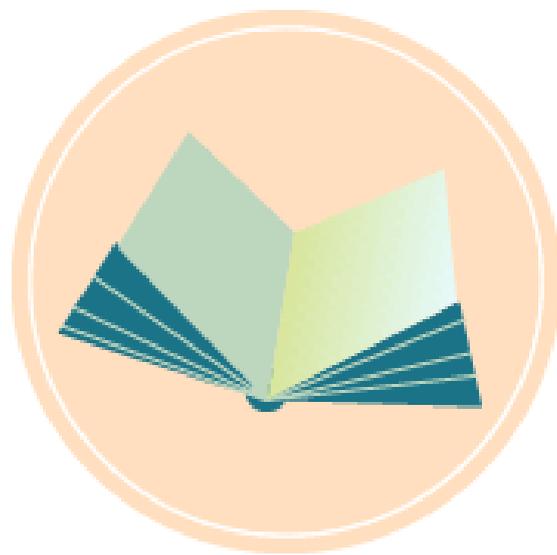
Para horror y encanto de la concurrencia, el gran Lucano derramó un hilo de combustible alrededor de la caja. Y, haciendo uso de una pequeña antorcha que Marguerite acababa de entregarle, inició el fuego.



Dentro de la carpa, las respiraciones se quedaron a mitad de camino: después de todo, un hombre podía estar sufriendo una muerte atroz en ese mismo instante.

El mago aguardó a que las llamas cubrieran por completo la caja. Para entonces, Marguerite le estaba acercando un extinguidor casero.

El gran Lucano apagó el fuego. Y con el taco de su bota deshizo los restos del incendio. Algunas personas del público se pusieron de pie para ver mejor. El hombre no estaba allí ni vivo, ni muerto. De pronto, un spot iluminó el trapecio más alto del circo.



Lucano, Sultán de la Magia, sabía sobre muchas cosas. Conocía la magia falsa y la magia verdadera. Podía conjurar en treinta y tres idiomas. Pero algo hubo que escapó a su sagacidad. Algo que arruinó la función de aquel domingo, y dejó una mancha en su honra profesional. Lo que Lucano olvidó es que el amor transforma a las personas.

Uno de los dos gemelos gateaba bajo el escenario, que estaba bastante separado del suelo, hacia la parte trasera del circo. Su hermano, el idéntico, el enamorado, se balanceaba en el trapecio muy cerca del techo de la carpa.

- ¡Desciende de inmediato! - ordenó Lucano. Y fue obedecido.

Apenas el hombre pisó la pista, y tomó la mano de Marguerite para realizar su paseo ante el público, se oyó un murmullo de descontento. Al principio, Lucano se mantuvo tranquilo. Sin embargo, más se mostraba el hombre y más crecía el murmullo.

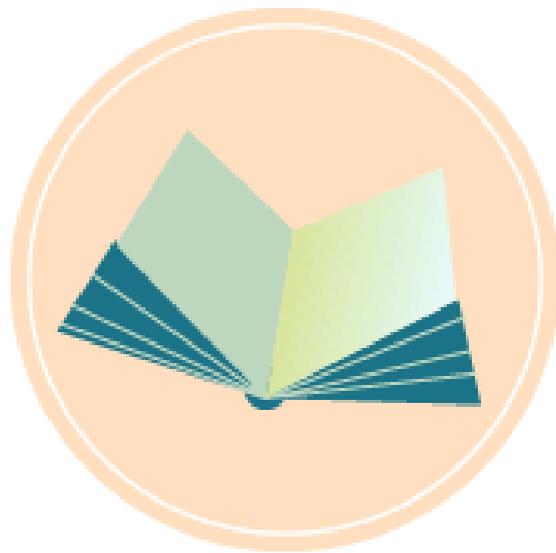
- ¡Eh, Lucano! -. El murmullo se hizo grito -. No somos tontos.

- Ese no es el mismo hombre- protestó una mujer.

- ¡Claro que no es el mismo! - afirmó un hombre sentado en la primera fila.

- ¡No es el mismo, no es el mismo! - cantaron los niños.

- ¡Eh, Lucano!, no somos tontos...



Indiferente a los insultos que comenzaban a caer como piedras del cielo, el enamorado miraba a Marguerite. Su hermano, el otro, se ocultaba detrás de los telones. Y Lucano intentaba seducir al público con su voz brillante.

Pero no hubo voz ni brillo que alcanzaran para convencer a la gente. Definitivamente, el hombre que estaba allí no era el mismo que se había metido en la caja negra.

- Ni siquiera se parecen - aulló alguien.

Y era verdad. Porque el amor cambia a las personas.

- ¡Eh, Lucano! Al menos, te hubieras buscado un par de hermanos.

Una ancianita de aspecto amable fue la primera en tirar un puñado del aserrín que cubría el suelo. Enseguida, muchos la imitaron. Al poco rato, aquello era una gritería y una lluvia de aserrín cayendo sobre el gran Lucano deshonrado.

Horas más tarde, cuando la fuerza pública había desalojado el lugar, cuando Lucano había agotado su caudal de lágrimas y lamentos, cuando llegó la noche y el aserrín terminó de caer, Marguerite y el enamorado seguían besándose en medio de la pista.

